

El Emperador estaba al corriente de sus manejos y le correspondía con igual disimulo, prodigándole sus más amables sonrisas. Al fin y al cabo no tenía que ocultar nada, pues en extremo inocente era cuanto hacía en su isla y valía más que hubiese quien pudiera atestiguarlo.

También Napoleón contaba con policía secreta, y Campbell no estaba muy seguro de que su propio criado no fuese espía. El Emperador se reservaba cuantos informes recogía. El juez Poggi estaba encargado de «explorar las familias» y de enterarle de los chismes de vecindad, que en las poblaciones de corto vecindario divulgan todos los secretos. Personalmente, tenía maña especial para tirar de la lengua á las personas sin que ellas lo notaran, y á este propósito, con su aparente bonachonería, en sus momentos de mal humor y en sus fingidos arrebatos de cólera decía lo contrario de lo que pensaba. De este modo se informaba él y con duplicado provecho inducía á los demás á error.



El palacio de los Molinos.



La montaña y ermita de la Virgen de Montserrat.

### CAPÍTULO III

## EL ÚLTIMO IDILIO

El Emperador forma una biblioteca. — El Emperador acaba de explorar su isla. — Visitas al pico de Giove y á Montserrat. — Conquista de la isla Pianosa. — San Martino. Saint-Cloud. — La sala de las Pirámides y el techo de las dos palomas. — Alcoba y bañera del Emperador. — Humillaciones y afrentas. — El Emperador se traslada al monte Giove. — María Luisa no llega aún. — La «Vallière» del Emperador.

Pasaron los primeros meses de la estancia imperial sin que ningún acontecimiento notable turbara aquella vida provinciana, apacible y vacía en su misma agitación. El Emperador se levantaba por lo regular antes del alba, hacia las tres de la madrugada, con objeto de disfrutar del fresco matinal. Pasaba el tiempo leyendo en el gabinete contiguo á su alcoba (1).

A la sazón se ocupaba en formar una biblioteca. En Fréjus compró algunos libros por 240 francos, una *Biblia*, de Silvestre de Sacy,

(1) MONIER, p. 56.— Entre las cuentas de Peyrusse (*Apéndice*, p. 51) se encuentra la siguiente nota: «Gabinete de S. M. Una mecedora de madera gris con listones dorados, como la biblioteca. Seda amarilla.»

en 32 tomos, y un herbario, al pasar por Lyon. Con la Guardia llegaron los volúmenes de la biblioteca de Fontainebleau, y desde Elba pidió más libros á Venecia, Génova, París y Liorna, en donde se hacía encuadernar con su monograma los que admitía, pues á veces le enviaban tomos descabalados ú obras sin valor literario, que, naturalmente, rechazaba (1). Entre estos saldos de librería se encontraban libros cuya venta estuvo prohibida por la censura durante su reinado, y los leyó, sin advertir motivo alguno para la prohibición (2). Sin embargo, toda prudencia era poca en tal materia, y verdaderamente constituía, en la época de su poderío, tarea muy ardua sospechar lo que pudiera disgustarle.

De siete á ocho de la mañana, después de pasear un rato por el jardín, volvía á acostarse, y dos horas antes del almuerzo se levantaba para dar una vuelta por el campo, á caballo ó en coche, pero sin escolta. Después del almuerzo, que por lo frugal y rápido solía despacharlo en cualquier alto de la marcha, proseguía su paseo en visita á los puntos más pintorescos de la isla y trepaba por los escarpados riscos cayado en mano.

De esta suerte subió, por sendas cabrerizas, al pico de Giove (3), que se yergue no lejos de Volterrajo, en la punta septentrional de la isla, y que, como su homónimo de Marciana, estuvo consagrado antiguamente al rey de los dioses. El Emperador removi6 algunos restos de piedras labradas, y sentándose en ellas, como Mario sobre las ruinas de Cartago, exclamó: «¡Aun los monumentos perecen!» Después, «cediendo al impulso de su ardiente, impetuosa y desbordada imaginación, trazó el proyecto de una morada erigida en aquel pico rocoso, como retiro de única, ideal y maravillosa belleza. Allá el cuerpo principal, acullá las dependencias, aquí el jardín, allí la cisterna». Pero muy luego meneó la cabeza y aflojó los brazos al reflexionar que para la realización de semejante sueño hubieran sido necesarios muchos más millones de los que entonces poseía. En otra ocasión, aprovechando una espléndida tarde, fué á la cañada de Montserrat, que ya

(1) PONS DE L'H., p. 199; CAMPBELL, p. 76; *Correspondencia imperial*, 21.591, 21.655; *Registro de la isla de Elba*, núms. 38, 78, 90; PEYRUSSE (*Apéndice*), p. 33; FABRY, p. 30; HERRISON: *El Gabinete negro*. París, 1887, p. 143.

(2) *Memorial de Santa Elena*, 19 de Diciembre de 1815.

(3) Distinto del monte Giove, en cuya falda se asienta Marciana Alta.

hemos descrito. Le acompañaron tan sólo Bertrand y Pons, quien nos refiere la excursión con amenos y precisos pormenores (1). Dice así:

«Dejamos la carretera de Porto-Longone para tomar un angosto sendero orillado de altos cipreses, junto á un torrente cubierto de áloes y chumberas, por cuyo fondo corre un arroyo que desemboca en el mar, cerca de la fuente de Barbarroja...» Montaba Pons uno de esos caballos corsos de ingrata estampa, pero de seguro casco, y Bertrand oprimía los lomos de *Eufrates*, poderoso caballo del Norte, que el Emperador le regalara. Estaba Napoleón de muy buen humor aquella tarde, y pidió á sus dos compañeros que porfiasen delante de él en la carrera. Accedió Pons de buen grado, pero Bertrand disculpóse diciendo que fuera poner en ridículo á Pons, cuyo caballo aun habría de llegar á la meta cuando *Eufrates* estuviese de vuelta. Sin embargo, no sucedió así, pues el poderoso caballo tropezaba á cada paso en los guijarros del torrente, mientras que el otro saltaba de piedra en piedra como una gamuza. A los pocos minutos dióse Bertrand por vencido y el Emperador soltó el trapo, pues nada le divertía tanto como enfurruñar al mayordomo mayor, que tomaba aquellas bromas en serio.

Los excursionistas encontraron á un vendimiador. El Emperador advirtió en el terreno recién removido por la azada algunos trozos de amianto, y recogiendo uno, se lo enseñó al labriego, preguntándole si aquella clase de tierra era propicia al cultivo de la vid. El hombre respondió, sin turbarse, que el terreno de amianto no era malo para el vino blanco, pero que el tinto requería tierra más fuerte. El Emperador le puso veinte francos en la gorra.

Llegaron á la ermita. A este propósito dice Pons: «Los ermitaños han ido amontonando alguna tierra para plantar unos cuantos árboles entre otras tantas cepas. La ermita es sencilla y pobre, pero está bien conservada. La vivienda del ermitaño, bastante cómoda, se levanta sobre una azotea emparrada». El ermitaño se adelantó hacia el Emperador y en tono plañidero y meloso se lamentó de que los tiempos estaban malos. «En otro tiempo, los marinos confiaban piadosamente en la Virgen de Montserrat y encargaban muchas misas.

(1) PONS DE L'H., p. 267 y siguientes.

No pasa hoy lo mismo, y esto durará hasta que la Virgen nos regale un milagro.»

Al llegar el Emperador al dintel de la ermita se volvió á contemplar el encantador paisaje, á la par apacible y grandioso, que «tan lejos estaba de los sinsabores de la vida». Sobrecogido por el misterioso panorama, permaneció en silencio, pensando acaso en los paisajes de Ossian; mas como si no pudiera arraigar en él aquella imagen de sonriente paz, exclamó: «De veras es hermoso esto, pero cuánto más ha de serlo durante una de esas tempestades equinociales cuyo fragor amenaza devorar la tierra.» Preguntó Napoleón al ermitaño si el rayo solía desolar la montaña. El ermitaño respondió que, si bien caían algunos, nunca habían dañado la ermita, gracias á la protección de la Santa Virgen. El Emperador se echó á reír y, enseñándole los picos circundantes, le dijo: «Mirad lo que también os resguarda. Son excelentes pararrayos.» El ermitaño replicó: «Opino lo mismo, pero vale más que el pueblo crea en la influencia del cielo.» Se encogió el Emperador de hombros, y entonces el ermitaño, para mudar de conversación, le rogó que entrara en la ermita, que al efecto estaba iluminada.

El Emperador se arrodilló un instante y dejó una limosna. Al salir mandó destapar un cesto de víveres, enviado de Porto-Longone, y convidó á sus dos compañeros.

Después del almuerzo el calor y la digestión adormecieron al Emperador en una silla durante un cuarto de hora, y sin perder tiempo emprendió la vuelta con Pons y Bertrand. «Estaba tan alegre como á la ida, y aquellos momentos fueron verdaderamente felices.»

Tuvo ocasión el Emperador de admirar entonces las curiosidades naturales de la isla, como, por ejemplo, la montaña de imán del cabo Calamita, y sorprendentes fenómenos del reino vegetal; una higuera, que como hoy la de Roscoff, en Bretaña, «inclinaba las ramas hasta el suelo, en donde arraigaban para rodear el tronco padre de una prole de higueras cuyas copas formaban hermosos toldos de follaje; un albaricquero que había producido el año antes, tres mil kilos de fruto; un melocotonero que daba melocotones de ocho onzas, de tamaño tan sorprendente que parecían artificiales; dos algarrobos, macho y hembra, propiedad de un panadero de Porto-Longone, bajo cuyas copas podía

extenderse una mesa de sesenta cubiertos (1).» Napoleón lo miraba todo con fingida sorpresa, pero al subir á cualquier colina, desde la cual se descubría el mar á todos vientos, exclamaba: «¡Muy pequeña es mi isla!»

\* \* \*

Desde la costa meridional de Elba se distingue, en días despejados, un islote llano como almadía, que apenas sobresale de las olas. Es la Pianosa, que depende geológicamente de Elba y dista de ella trece kilómetros. Su perímetro es de cinco leguas y está revestida de tierra vegetal, excepto en los puntos en que emerge la roca. Produce excelentes pastos, y por ello los vecinos de Río, Porto-Longone y Campo solían ir á proveerse de heno. Tiene, además, copiosas fuentes, que bien cuidadas no se ciegan. Pero la isla estaba despoblada, pues muchos años atrás los piratas berberiscos habían exterminado á sus habitantes. En 1806 se establecieron en Pianosa algunos colonos procedentes de la isla de Elba, protegidos por un fortín con dos cañones, pero los ingleses destruyeron estas defensas y los colonos abandonaron la isla, que desde entonces quedó en poder de cabras silvestres (2).

Al enterarse el Emperador de la existencia de este islote, declaró que le pertenecía, pues no era de nadie, y después de visitarlo á bordo del *Inconstant*, decretó su colonización y ocupación militar.

Al efecto, se organizó una expedición compuesta de 20 artilleros y zapadores de la Guardia, 20 soldados del batallón corso y un capellán de Campo, al mando del comandante Gottmann, destacado de Porto-Longone, y del teniente de ingenieros Larabit, con las convenientes provisiones de boca y guerra. Según órdenes del Emperador, los cañones debían quedar colocados en batería dentro de cuarenta y ocho horas, para barrer el mar en caso de ataque (3). Después el coman-

(1) PONS DE L'H., p. 265, 266 y 273.

(2) LARABIT, p. 64 y sig.; *Corresp. imp.*, 21.567, 21.570, 21.574, 21.577, 21.579, 21.585 y 21.616; *Registro de la Isla de Elba*, n. 36, 51, 81, 82, 94, 121, 137, 167; CAMPBELL, p. 84; PONS DE L'H., p. 302 y 337. — La distancia de 13 kilómetros es la mínima, pues de Porto-Longone á Pianosa hay treinta kilómetros y medio.

(3) Ataque de los berberiscos, pues había paz con Inglaterra.